

BLANCO

LUCÍA RUÍZ VILA
Colegio Nuestra Señora de la Paz

Cada vez que permito darme el placer de escribir y mis dedos empiezan su danza sobre el teclado, cesan pronto confundidos al comprobar que tan solo pueden recordar el camino que escribe tu nombre.

Solo recuerdo cómo sonaba tu nombre. Y es que hoy es el día. Volveré a recordarlo y a sentirlo todo. Se lo confesaré todo a estas páginas, a gritos y en voz baja. Porque esa es la manera que he tenido siempre de que tu recuerdo no me parta en dos el alma. Sinténdolo todo a gritos y en voz baja. Y créeme María. Hoy me despido de ti.

Me despido de todos nuestros colores. De nuestros amaneceres naranjas, de nuestros cielos azules, de nuestros atardeceres rosas, de nuestras tardes verdes... mi corazón ya no puede vivir con tantos colores, así que hoy limpio mi paleta y me compro nuevas acuarelas. Perdóname María... Sé que nunca querrías que todos estos tonos que tanto hemos cuidado desapareciesen ahora así, sin más; pero no caben más cuadros en las paredes de mi corazón, y los tuyos cada día se tornan más oscuros.

Déjame salvarlos a todos y cambiarlos de color, entonces se los guardaré a algún loco que decida enamorarse de ti como yo lo hice. Ojalá pudiera volver a hacerlo. Lo volvería a hacer, María. Ya lo hice una vez, pero hoy dejo de hacerlo.

Era un jueves cuando te conocí. A mitad de una semana cualquiera, en un lugar cualquiera.

Ya sabes que la gente se olvidará de lo que dijiste y de lo que en verdad pasó, pero nunca de cómo les hiciste sentir. Y ese jueves cualquiera no tiene nombre en mi memoria; tan solo tiene un color naranja.

Ese tipo de naranja que tiene el sol cuando reaparece después de una larga y oscura noche. Ves ese naranja asomar por el Este, y le perdonas a la oscuridad haber durado tanto, y le perdonas a la luna haber insistido en no irse. Y ya te es indiferente que los astros se queden a contemplar su luz, mientras que el sol que llega ahora, tarde mucho en volver a esconderse.

Y es un color tan especial, que querrías pintar toda tu vida con él. Porque ese tipo de color, solo se puede sentir.

En ese momento no lo sabías, solo lo sabrías más tarde. Con el tiempo. Pero ese día era un día negro, y ver tu increíble naranja, me dio cierta envidia.

Todos sabemos que la envidia es signo de admiración; pero de admiración reprimida. Ese tipo de admiración que sientes hacia el que se le da bien vivir y le salen bien las cosas, mientras tú sigues preguntándote qué habrás hecho mal.

¿Qué le faltaría a mi negro para poder parecerse a tu naranja? Quizá un poco de alegría, o quizá un poco de confianza... No fue difícil adivinar que lo que mi negro necesitaba era un poco de ti, o todo de ti.

No hablamos de nada importante. Además no nos conocíamos. Creo que fuiste tú la primera en acercarte. Tenías que haber sido tú. Ya sabes que yo nunca suelo dar el primer paso. Y los dos sabemos que a ti te encanta hacerlo.

Decidí darle una oportunidad a esa chica morena de ojos negros que destilaba naranja. Decidí darte una oportunidad. Y caí de lleno.

Recuerdo tanto nuestra primera conversación que me da vergüenza admitirlo. Ese día llovía tanto en mi corazón, que parecía que las nubes quisieran acompañar mi dolor. Y tú llegaste hablando del tiempo, calada hasta los huesos. Decías que ya era hora de que lloviera. Yo te pregunté si acaso te gustaba la lluvia. Y tú respondiste que no. A ti te gustaba el sol. Te gusta el sol. Por eso agradecías la lluvia me dijiste. Porque acostumbrarse demasiado a lo bueno, podía llegar a resultar peligroso. No hay nada peor que no valorar lo que uno tiene.

Yo te dije que a mi no me gustaba la lluvia. Sabes que eso dejó de ser verdad desde el día en que te conocí. Porque en ese jueves cualquiera me explicaste que no puedes ir en contra del ciclo natural de la vida. Todo fluye, por lo que tienes que dejarte llevar y ser lo que hoy el mundo te pide que seas. Lo que hoy el mundo necesita que seas.

En ese jueves mi mundo te necesitaba a ti. Y en mi corazón aprendí a amar la lluvia. Y no volví a utilizar paraguas al recorrer los pasillos en los que cuelgo mis cuadros.

Dejar que entrase la lluvia fue tan difícil como necesario. Y tú, que no sé si hablabas del tiempo y de las nubes o hablabas de mi interior y de mi corazón, abriste las ventanas de par en par, y aún me cuesta conseguir cerrarlas para que la tormenta que arrecia contra mi vida, no consiga entrar.

Fue tan fácil seguir conociéndote que casi se convirtió en un juego. Yo te dejaba entrever por las rendijas de mi corazón, y tú hacías lo mismo. Ambos mentíamos a ratos, solo para después revelar la verdad. Solo para después comprobar cuanto podíamos llegar el uno a saber del otro.

Y esa fue mi vida durante los siguientes dos meses. Un gran pequeño proceso de dejar entrar luces naranjas en mi corazón. Y de amar esa lluvia que cada día caía menos. Esos meses naranjas fueron los mejores de mi vida, y solo los pude comparar con los que estaban por venir.

Y sin querer, ya era primavera. Tu maravilloso naranja me había salvado. Y trajiste contigo un incomparable color azul. Ese azul que solo puedes ver en el cielo. Ese azul que el mar refleja cada vez que decide tomarse un respiro y solo ser. Ese tipo de azul que me ilusionaba a cada hora que pasaba contigo.

Eras una caja de sorpresas, María. No puedo evitar sonreír cuando pienso en cuanto llegué a amarte. Eras esa ansiada primavera, después de un largo invierno.

No tenía planeado enamorarme, pero sí recuerdo cuándo supe que te amaba. Y fue cuando me dejaste conocerte de verdad, y poner nombre a nuestros días. Fue cuando vi en tus ojos negros un azul tan espectacular que deseé que me acompañara en todos mis días grises.

Nuestro azul solo se veía interrumpido por cometas que volaban muy alto. Cargadas de sueños y de ilusiones. Cargadas de un poquito de ti, y de un poquito de mí. Echábamos a volar nuestro futuro tan alto que ni siquiera lo veíamos desde el suelo. Pero daba igual. Sabíamos que estaban al final de un fino hilo, en algún lugar perdido en nuestro propio color azul. Y eso era suficiente.

Y sin querer pinté todo de ese color. Nunca me vi tan feliz. Y nunca me vi con tantas ganas de vivir. No sabía si tú estabas enamorada de mí. Pero yo lo estaba. Profundamente enamorado. Y eso me hacía querer seguir un poco más, e intentar que nunca te fueras de mi vida.

Ojalá lo hubiera conseguido...

El tiempo pasó y nuestras cometas no volvieron. Y cuando me quise dar cuenta, nuestros días ya no eran azules. Trajeron los vientos de cambio un color rojo. Rojo como las rosas que cada día te dejaba en la escalera de tu casa.

Me permitía reprimir mis sentimientos en un primer momento, pero no conseguí hacerlo durante mucho más tiempo cuando vi que quizá tu azul quisiera quedarse un rato más.

Y fue entonces cuando decidiste que tenías que ser tú quien diese ese primer paso que ambos sabemos que te encanta dar.

Y me besaste, María. Y ese rojo pareció no irse nunca jamás de mí. Todavía me encuentro restos de ese color en algún cuadro que aún pregunta por ti.

No es que fueras mi primer beso. No es que yo fuera el tuyo. Es tan solo que fuiste mi primera banda sonora. Tú eras la mejor canción, y yo era el pobre pianista que mira embelesado una partitura preguntándose si algún día será capaz de tocarla.

Aún siento el color que vivimos en ese primer beso, y mi pobre corazón parece saltarse un latido y parase un segundo, solo para escuchar esa melodía que trajiste contigo a mi vida.

Ese rojo fue tan intenso que no me dejó ver lo que estaba por venir. A cada día que pasaba, yo era más feliz, y las rendijas de mi corazón habían pasado a ser ventanas abiertas de par en par, decididas a dejar todo tu amor pasar.

Pinté todos y cada uno de nuestros recuerdos en lienzos. Cada noche sacaba pinceles y pinturas, embadurnaba mi paleta, y le daba un poco más de vida a mi corazón. Los enmarcaba y colgaba orgulloso dentro de mí.

Cada día descubría un nuevo color que nunca ningún ser humano hubiera vivido. Y eso me hacía sentir tan especial que decidí seguir queriéndote, mientras que el negro llegaba de nuevo a mi vida.

Me parece justo visto desde la distancia. Tus ojos color azabache empezaron todo. Y ellos acabarían tiñendo nuestra historia.

Aún me pregunto como no pude verlo antes. Supongo que el amor es ciego. Pero es que veía tus colores tan claros, y los sentía tan de lleno, que no pude evitar pensar que fuera de verdad.

Todo cambió en el otoño. Tras todo un verano rojo, el cambio debía llegar. Pero no sabía de qué forma lo haría. Y es que sin querer ya no eras mía, si es que algún día lo fuiste.

Ya sabes que a mi todo se me olvida, pero si hay algo que recuerdo con claridad es el día en el que irrumpiste con tu naranja color amanecer , y el día que saliste con tu negro color noche.

Y es que alguien más llevaba amando tus colores mucho más tiempo que yo. Y le escogiste a él y no a mí. Supongo que yo no era suficiente. Pero me parte el alma pensar que nunca me quisiste como yo te quise a ti.

Y así, sin más, te fuiste.

No he vuelto a saber nada de tu azul, ese que me emocionaba cada día que disfrutaba de tu compañía. No he vuelto a sentir ningún rojo igual en mucho tiempo. Tal vez ni lo haya intentado.

No he vuelto a presenciar un amanecer tan espectacular como el que provocaste cuando entraste en mi vida, María. Porque fuiste el principio de algo tan importante para mí, que pensar en qué voy a ser ahora sin ti, es algo complicado.

Aún vivo con tu negro. Ese color que dejaste un triste septiembre, y que aún hoy me impide siquiera mirar al cielo en busca de otros colores.

Tú me dijiste aquel primer día que todo fluía, y que debía aprender a amar el movimiento natural de las cosas. Siguiendo tu consejo de maravilloso comienzo, es hoy cuando limpio mis pinceles y paleta.

He contemplado por última vez todos nuestros colores, y ya he retirado todos los cuadros. Y ahora me encuentro con una pared blanca. Tan blanca que me da miedo pensar que no podré volver a pintarla con tanta vida.

Y es que tu naranja se fue ya por el Oeste, y hoy dejo de escrutar el horizonte buscando tu tono. Y ahora miro al Este, esperando a nuevos naranjas, ilusionantes azules y apasionados rojos.

Y es que de verdad te quería. Pero no puedo amar por siempre. Sé que tú no lo harías.

Así que aquí está mi despedida a voces y en voz baja. Gritada en medio del silencio, y que hoy me libera de todo, y me deja con las paredes de mi corazón blancas y vacías de cuadros.

Y aquí estoy, mirando al Este deseando que llegue a mi vida un nuevo color naranja, que por fin consiga teñir mi blanco.

